

canea blanca, acostumbrada á trepar las rocas cual una ágil cabra. Aben-Hamet acompañaba á la brillante española, caballero sobre un alazan andaluz enjaezado á la turca. En la rápida carrera del joven moro, su alquicel de púrpura se inchaba á su espalda, su corvo alfanje resonaba en la alta silla, y jugueteo el viento agitando el airoso penacho de su turbante. Admirado el pueblo de su gentileza y apuesto ademán, decía al verle pasar: «Ese es un príncipe infiel, á quien doña Blanca va á convertir.»

Siguieron primero una larga calle, que conservaba aun el nombre de una ilustre familia mora, y que terminaba en el recinto exterior de la Alhambra; atravesaron luego un bosque de olmos, y llegando á una fuente, halláronse en breve delante del recinto interior del palacio de Boabdil. Abriase en una muralla flanqueada de torres y coronada de almenas, una puerta llamada la *Puerta del Juicio*: saludáronla, y entraron en un camino estrecho que serpenteaba, por decirlo así, entre altas murallas y medio arruinadas barracas. Este camino les condujo á la plaza de los Algibes, en cuyas inmediaciones hacia construir á la sazón Carlos V un palacio. Volviendo desde allí hacia el Norte, se detuvieron en un patio desierto al pie de una muralla sin adorno alguno y maltratada por el tiempo. Aben-Hamet, apeándose con extraña celeridad, ofreció su mano á Blanca para que bajase de su hacanea. Los criados que les seguían llamaron á una puerta abandonada, cuyo umbral obstruía la yerba; abrióse, y dejó ver los ocultos recintos de la Alhambra.

Todos los encantos, todos los recuerdos de la patria, mezclados á los prestigios del amor, asaltaron el corazón del último Abencerrage. Inmóvil y mudo, recorría con atónitas miradas aquella mansión de los genios, y se creía trasladado á la entrada de uno de esos palacios cuyas descripciones leemos en los cuentos árabes. Ofrecíanse por donde quiera á los ojos de Aben-Hamet ligeras galerías, canales de mármol blanco, bordados de limoneros y de naranjos en flor, sonoras fuentes y solitarios patios; y á través de las dilatadas bóvedas de los pórticos descubriáanse nuevos laberintos y nuevas maravillas, al paso que el azul del mas hermoso cielo se dejaba ver entre las columnas que sostenían una larga serie de arcos góticos. Las paredes cargadas de arabescos, se asemejaban á esas telas de Oriente que borda en el hastio del harem el ingenioso capricho de una esclava. La voluptuosidad, la religión y el espíritu guerrero respiraban en aquel magnífico edificio, especie de santuario del amor, misterioso retiro donde los reyes moros disfrutaban de todos los placeres, y olvidaban todos los deberes de la vida.

Después de algunos instantes de sorpresa y silencio, los dos amantes entraron en aquella morada del poder desvanecido y de las pasadas felicidades. Primero dieron la vuelta á la sala de los Mesucar, en medio del perfume de las flores y de la frescura de las aguas, y luego penetraron en el patio de los Leones: la emoción de Aben-Hamet aumentaba por momentos. «Si no inundase mi alma de delicias, dijo al fin á Blanca, ¡con cuánta amargura me vería obligado á pedirte, á tí, española, la historia de estos encantados asilos! ¡Ah! ¡Estos lugares han sido fabricados para servir de templo á la felicidad, en tanto que yo...!»

Al decir esto, Aben-Hamet vió el nombre de Boabdil incrustado en unos mosaicos: «¡Oh rey mío! exclamó; ¿qué es de tí? ¿Dónde te hallaré en tu desierta Alhambra?» Y las lágrimas de la lealtad y del honor anegaron los ojos del joven moro. «Vuestros antiguos señores, ó por mejor decir, los reyes de vuestros padres, fueron unos ingratos,» dijo Blanca. «¿Qué importa, repuso el Abencerrage, si fueron tan desgraciados?»

Esto dicho, Blanca le condujo á un gabinete que

parecía ser el santuario del amor. Nada igualaba la elegancia de aquel asilo; la bóveda entera, pintada de azul y oro, y compuesta de arabescos á cielo abierto, daba paso á la luz como á través de un tejido de flores. Una bulliciosa fuente brotaba en medio del edificio, y sus aguas, que bajaban á manera de menudo rocío, caían en una vistosa concha de alabastro. «Aben-Hamet, dijo la hija del duque de Santa-Fe, mira bien esta fuente, que recibió las desfiguradas cabezas de los Abencerrages. Aun ves sobre el mármol las manchas de la sangre de los desgraciados á quienes Boabdil sacrificó á sus cruces sospechas; porque así se trata en tu país á los seductores de las mujeres crédulas.»

Empero Aben-Hamet no escuchaba ya á Blanca, pues habiéndose arrodillado, besaba con respeto las señales de la sangre de sus antepasados; levantóse á poco y exclamó entusiasta: «¡Oh Blanca! te juro por la sangre de estos caballeros, amarte con la constancia, la fidelidad y la vehemencia de un abencerrage.»

«¿Me amais? replicó con viveza Blanca uniéndolo sus manos, y levantando al cielo sus miradas. Pero, ¿habéis pensado que sois un infiel, un moro, un enemigo, y que yo soy cristiana y española?»

«¡Oh, santo profeta! repuso Aben-Hamet, sé testigo de mi juramento...» Blanca le interrumpió, y le dijo: «¿Qué asenso podré conceder á los juramentos de un perseguidor de mi Dios? ¿Sabeis si os amo? ¿Quién os ha autorizado para usar conmigo semejante lenguaje?»

Aben-Hamet respondió consternado: «¡Es verdad! solo soy tu esclavo, puesto que aun no has hecho de mí tu caballero.»

«¡Moro! respondió Blanca; abandona la astucia; harto has leído en mis ojos que te amo; la pasión que me inspira es ilimitada; sé, pues, cristiano, y nada podrá impedirme ser tuya. Mas, si la hija del duque de Santa-Fe se atreve á hablarte con tanta franqueza, debes juzgar por esta misma causa que sabrá dominarse, y que nunca, nunca un enemigo de los cristianos tendrá derecho alguno sobre ella.»

Aben-Hamet, en un arranque de pasión, tomó las manos de Blanca, las puso sobre su turbante y luego sobre su corazón, exclamando: «¡Alá es poderoso, y feliz Aben-Hamet! Conozca tu ley esta cristiana, y nada podrá...» ¡Blasfemo! dijo Blanca ¡alejémonos de aquí!»

Esto dicho, se apoyó en el brazo del moro, y se acercó á la fuente de los Doce Leones, que da su nombre á uno de los patios de la Alhambra. «¡Extranjero! dijo la sencilla española, cuando miro tu traje, tu turbante y tus armas, y pienso en nuestros amores, parece ver la sombra del gallardo abencerrage, paseando este abandonado retiro con la desventurada Alfaíma. Desciframe la inscripción árabe grabada sobre el mármol de esta fuente.»

Aben-Hamet leyó estas palabras:

*La bella princesa que pasea, cubierta de perlas, en su jardín, aumenta tan prodigiosamente su hermosura...* El resto de la inscripción estaba borrado.

«Esta inscripción ha sido escrita para tí, sultana amada, dijo Aben-Hamet; nunca estos palacios se ostentaron tan hermosos en su juventud, cual se muestran hoy en sus ruinas. Escucha el blando rumor de las fuentes cuyas aguas ha desviado el musgo; mira esos jardines que se divisan á través de estas arcadas medio derruidas; contempla el astro del día que se oculta mas allá de todos esos pórticos: ¡cuán dulce es vagar contigo por estos lugares! Tus palabras embalsaman estos asilos, como las rosas del himeneo. ¡Con qué encanto reconozco en tu lenguaje algunos acentos del idioma de mis padres! El ligero roce de tu vestido sobre estos mármoles me causa un delicioso estremecimiento; el ambiente debe sus perfumes al leve contacto de tus cabellos. Eres

hermosa como el genio de mi patria en medio de estas ruinas. Pero; ¿puede Aben-Hamet prometerse fijar tu corazón? ¿Qué es á tu lado? Ha recorrido los montes con su padre, y conoce las plantas del desierto.... mas; ¡ah! no hay una sola que baste á curarle de la herida que le has causado; lleva armas, y sin embargo, no es caballero. Yo, me decía en otro tiempo: «El agua del mar que duerme al abrigo del viento en la concavidad de un peñasco, se muestra sosegada y muda en tanto que en su derredor la anchurosa mar se agita con estruendo. ¡Aben-Hamet! así se deslizará tú existencia, silenciosa, tranquila, ignorada en un rincón de desconocida tierra, mientras la corte del sultan se verá conmovida por las tempestades de la ambición.» Esto me decía interiormente, joven cristiana; pero tú me has demostrado que la tormenta puede agitar también la gota de agua dormida en la concavidad de un peñasco.»

«Extasiada escuchaba Blanca este lenguaje, nuevo para ella; lenguaje cuyo giro oriental se adaptaba tan maravillosamente á la mansión de las hadas que con su amante recorría. El amor penetraba sin resistencia en su corazón; sentía vacilar sus rodillas y se veía precisada á apoyarse mas fuertemente en el brazo de su apasionado guía. Aben-Hamet sostenía la dulce carga y repetía marchando: «¡Ah! ¿por qué no soy un brillante abencerrage?»

«En ese caso os amaría menos, dijo Blanca; porque me sentiría mas atormentada é inquieta: permaneced en la oscuridad y vivid para mí, pues es harto frecuente que un famoso caballero olvide el amor por la celebridad.»

«No tendrías que temer semejante peligro, replicó con viveza Aben-Hamet.»

«¿Y cómo me amarías si fueseis un abencerrage? preguntó la descendiente de Jimena.»

«Te amaría, respondió el moro, mas que á la gloria y menos que al honor.»

El sol se había ocultado en el horizonte durante el paseo de los dos amantes, que habían recorrido toda la Alhambra. ¡Qué recuerdos se habían presentado á la imaginación de Aben-Hamet! Aquí la sultana recibía por medio de unos respiraderos el humo de los perfumes que á su planta se quemaban; allí, en aquel apartado asilo, se ataviaba con todas las pompas del Oriente. Y Blanca, una mujer adorada, refería estos pormenores al apuesto joven á quien idolatraba.

La luna se levantó y esparció su dudosa claridad en los abandonados santuarios y los desiertos pavimentos de la Alhambra. Sus plateados rayos dibujaban sobre el césped de los vergeles y en las paredes de las salas los caprichosos perfiles de una arquitectura aérea, las bóvedas de los corredores, la móvil sombra de las saltadoras aguas y la de los arbustos mecidos por el cefiro. Cantaba el ruiseñor en un ciprés que atravesaba las cúpulas de una ruinoso mezquita, y los ecos repetían sus amorosas quejas. Aben-Hamet escribió á la claridad del astro de la noche el nombre de Blanca en los mármoles de la sala de las Dos-Hermanas, y lo trazó en caracteres árabes, para que el viajero adivinase un misterio mas en aquel palacio de los misterios.

«Moro, dijo Blanca, estos lugares son crueles; huyamos de ellos. El destino de mi vida es irrevocable; graba pues en tu memoria estas palabras: Musulman, seré tu amante sin esperanza; cristiano, seré tu esposa feliz.»

Aben-Hamet respondió: «Cristiana, seré tu desconsolado esclavo; musulmana, seré tu afortunado esposo.»

Y los nobles amantes salieron de aquel peligroso palacio.

La pasión de Blanca aumentaba de día en día, y la de Aben-Hamet se acrecentaba con la misma violencia. Causábale tal encanto verse amado por sí solo, y

no deber á ninguna causa extraña los sentimientos que inspiraba, que no reveló el secreto de su nacimiento á la hija del duque de Santa-Fe, pues se gozaba en el delicado placer de participarle que llevaba un nombre ilustre, el día mismo en que accediese á hacerle señor de su mano. Pero fue súbitamente llamado á Túnez, porque su madre, acometida de una enfermedad mortal, quería abrazarle y bendecirle antes de espirar. Aben-Hamet se presentó en el palacio de Blanca y la dijo: «Sultana, mi madre, próxima á la muerte, me pide vaya á cerrar sus ojos. ¿Me conservarás tu amor?»

«¡Me abandonas! respondió Blanca, palideciendo. ¿Tornaré á verte?»

«¡Ven! dijo Aben-Hamet; quiero exigirte un juramento y hacerte otro que solo la muerte podrá romper. ¡Sígueme!»

Salieron en efecto, y á poco llegaron á un antiguo cementerio moruno, donde se veían esparcidas sin orden algunas pequeñas columnas fúnebres, en cuyo derredor había en otro tiempo representado el escultor un turbaute, que mas tarde remplazaron los cristianos con una cruz. Aben-Hamet llevó á Blanca al pie de aquellas columnas, y le dijo:

«¡Blanca! aquí descansan mis antepasados: yo te juro por sus cenizas amarte hasta el día en que el ángel del Juicio me llame al tribunal de Alá; te prometo no entregar mi corazón á otra mujer, y tomarte por esposa cuando hayas conocido la santa luz del Profeta. Todos los años regresaré á Granada en esta época, para ver si me has guardado fe, y si quieres renunciar á tus errores.»

«Y yo, respondió Blanca, anegada en lágrimas, te esperaré todos los años; te guardaré hasta mi último suspiro la fe que te he jurado, y te recibiré por mi esposo cuando el Dios de los cristianos, mas poderoso que la mujer que te ama, haya tocado tu infiel corazón.»

Aben-Hamet partió, y los vientos le llevaron á las costas africanas; su madre acababa de espirar, y el joven héroe abrazó llorando su lecho mortuario. Los meses se deslizan rápidos; y, ora vagando entre las ruinas de Cartago, ora sentado sobre el sepulcro de San Luis, el desterrado Abencerrage recuerda impaciente el día en que debe volver á Granada. Este día brilla al fin, y Aben-Hamet dirige á Málaga la proa de su nave. ¡Con qué arrebató, con qué alegría, no ajena de temor, descubre los primeros promontorios de España! ¿Le esperará Blanca en aquellas costas? ¿Se acordará aun del oscuro árabe que no cesó de adorarla bajo la palmera del desierto?»

La hija del duque de Santa-Fe no era infiel á sus juramentos. Habiendo pedido á su padre que la llevase á Málaga, seguía con la vista, desde lo alto de las montañas que ceñían la inhabitada playa, los lejanos bajeles y las fugitivas velas. Cuando rugían las tempestades, contemplaba con crueles zozobras el mar concitado por los vientos, siéndole entonces grato perderse con la fantasía en las nubes, exponerse en los lugares peligrosos, sentirse bañada por las mismas olas y envuelta en los mismos torbellinos que amenazaban los días de Aben-Hamet. Cuando veía la chillona gaviota desflorar las olas con sus grandes y corvas alas, y volar hacia las playas africanas, la hacía mensajera de todas esas palabras de fuego y de todos esos votos fervientes que brotan de un corazón devorado por el amor.

Vagando cierto día por las arenas de la playa, descubrió una larga barca, cuya alta popa, inclinado mástil y vela latina, anunciaban el elegante genio de los moros. Blanca corre al puerto y poco después ve entrar la embarcación berberisca, que convertía en blanca espuma las olas á la rapidez de su curso. Un moro vestido con un soberbio ropaje, se mostraba en pie en la proa, y á su espalda dos esclavos negros



detenían por el freno á un caballo árabe, cuyas humeantes narices y sueltas crines anunciaban á la vez su natural fogoso y el temor que le causaba el estruendo de las olas. La barca se aproxima, amaina sus velas, aborda al muelle y presenta su costado: el ágil moro salta á la orilla, y esta resuena al rumor de sus armas. Los esclavos hacen salir al atigrado corcel, que relincha y se encabrita lleno de alegría al hallar tierra. Otros esclavos desembarcan pausadamente una cesta en que descansaba una gacela acostada entre hojas de palmera, y cuyas delgadas piernas estaban atadas y dobladas bajo su cuerpo, para evitar se fracturasen por los balances de la barca; llevaba un collar de granos de áloes, y en una chapa de oro que servía para unir ambas extremidades del collar, veíanse grabados en árabe un nombre y un talisman.

Blanca reconoció al punto á Aben-Hamet; pero no atreviéndose á delatarse á los ojos de la multitud, se retiró y envió á Dorotea, una de sus doncellas, á que advirtiese al Abencerrage que le esperaba en el palacio de los moros. Aben-Hamet presentaba en aquel momento al gobernador su firman, escrito con caracteres azules sobre una preciosa vitela y encerrado en un forro de seda; acercóse luego Dorotea y condujo al venturoso Abencerrage á los pies de Blanca. ¡Cuan viva y recíproca alegría experimentaron al hallarse fieles á sus juramentos! ¡Qué felicidad, la de tornar á verse despues de tan larga separación! ¡Qué nuevas protestas de eterno amor!

Los dos esclavos negros guiaban el caballo nómida, que en lugar de silla ostentaba una piel de león atada con una faja encarnada, y luego trajeron la gacela. «Sultana, dijo Aben-Hamet á Blanca al presentársela; este es un cabritillo de mi país, casi tan ligero como tú.» Blanca desató el hermoso animal, que parecía darle gracias, dirigiéndole las mas dulces miradas. Durante la ausencia de su amante la hija del duque de Santa-Fe habia estudiado el árabe; así es que leyó enterneada su nombre en el collar de la gacela. Habiendo esta recobrado su libertad, sosteníase con dificultad sobre sus pies, tanto tiempo aherrojados; por lo cual, tendiéndose en el suelo apoyaba su cabeza en las rodillas de su ama, que le presentaba cátilos nuevos y acariciaba á la inofensiva hija del desierto, cuya fina piel habia retenido el olor del áloes y de las rosas de Túnez.

El Abencerrage, el duque de Santa-Fe y su hija partieron para Granada. Los días de la venturosa pareja se deslizaron como los del año anterior: los mismos paseos, los mismos tristes recuerdos á la vista de la patria, el mismo amor, ó por mejor decir, un amor siempre en aumento, siempre igualmente correspondido; pero también una adhesión igual en los dos amantes á la religión de sus padres. «¡Sé cristiano!» decía Blanca; «¡sé musulmana!» replicaba Aben-Hamet; y volvieron á separarse sin haber sucumbido á la pasión que arrastraba el uno hácia el otro.

Aben-Hamet tornó á presentarse al tercer año, bien así como esas aves de paso que el amor atrae en la primavera á nuestros climas. Esta vez no halló á Blanca en la playa; pero una carta de esta le hizo saber la partida del duque de Santa-Fe á Madrid y la llegada de don Carlos á Granada, á donde le habia acompañado un prisionero francés, muy su amigo. El moro sintió oprimido su corazón á la lectura de tal carta, y partió de Málaga á Granada, abrumado por los mas tristes presentimientos. Las montañas le parecieron espantosamente solitarias, y volvía repetidas veces la cabeza para mirar el mar que acababa de atravesar.

Blanca no habia podido separarse durante la ausencia de su padre, de un hermano á quien amaba, en cuyo favor queria hacer donación de todos sus bienes, y á quien veía despues de siete años de ausencia. Don Carlos estaba dotado de todo el valor y de toda la altivez que caracterizan su nación: terrible como los

conquistadores del Nuevo-Mundo, entre quienes habia hecho sus primeras armas, y religioso como los caballeros españoles vencedores de los moros, abrigaba en su corazón el odio á los infieles que habia heredado de la sangre del Cid.

Tomás de Lautrec, vástago de la ilustre casa de Foix, en la que la hermosura en las mujeres y la bizarría en los hombres eran consideradas como un don hereditario, era el hermano menor de la condesa de Foix y del valiente y malogrado Odet de Foix, señor de Lautrec. Tomás, armado caballero á la edad de diez y ocho años, por Bayardo, en el mismo retiro donde perdiera la vida el caballero *sin tacha y sin reproche*, cayó prisionero poco tiempo despues en Pavía, cubierto de heridas, defendiendo al rey caballero que perdió todo en aquella jornada, *menos el honor*.

Don Carlos de Vivar, testigo del denuedo de Lautrec, habia hecho curar sus heridas con generosa solicitud, y no tardó en establecerse entre ellos una de esas amistades heroicas, cimentadas en la estimación y la virtud. Francisco I habia regresado á Francia, pero Carlos V retuvo en su poder á los demás prisioneros. Lautrec habia tenido el honor de compartir la cautividad de su rey y de acostarse á sus pies en su encierro; habiendo, pues, permanecido en España despues de la partida del monarca, habia sido entregado bajo su palabra á don Carlos, que acababa de llevarle consigo á Granada.

Cuando Aben-Hamet se presentó en el palacio de don Rodrigo y fue introducido en la sala donde se hallaba Blanca, experimentó tormentos desconocidos por él hasta aquel momento, pues á los pies de la hermosa vió sentado un gentil mancebo que la miraba en silencio y absorto en una especie de amoroso éxtasis. El jóven vestía unos calzones de piel de búfalo y un colete del mismo color, ajustado por un ancho cinturón que sostenía una espada adornada de flores de lis; de sus hombros pendía un capotillo de seda; su cabeza estaba cubierta por un sombrero de alas estrechas, y sombreado por vistosas plumas; una gola de encaje apoyada en su pecho, dejaba ver su desnudo cuello; un bigote negro como el ébano, daba á su semblante, naturalmente afable, un aspecto varonil y guerrero; y las anchas botas que en numerosos pliegues caían sobre sus pies, ostentaban la espuela de oro, emblema de la caballería.

A escasa distancia manteníase en pie otro caballero, apoyado en la cruz de hierro de su luenga espada, y vestido como el anterior; pero parecia de edad mas proveya, y su continente austero, aunque ardiente y apasionado, inspiraba respeto y temor; la cruz colorada de Calatrava estaba bordada sobre su colete, con esta divisa: *Por ella y por mi rey*.

Blanca prorumpió en un grito involuntario al ver á Aben-Hamet. «Caballeros, dijo con viveza, ved aquí al infiel de quien os he hablado repetidas veces; temed que alcance la victoria, pues los Abencerrages eran de su temple, y nadie les sobrepujaba en lealtad, valor y galantería.»

Don Carlos salió al encuentro de Aben-Hamet, y le dijo: «Señor moro, mi padre y mi hermana me han hecho conocer vuestro nombre, y todos os juzgan descendiente de noble y esforzada estirpe, y os habeis distinguido personalmente por vuestra caballería. Carlos V mi señor, llevará en breve la guerra á Túnez, y espero nos veremos en el campo del honor.»

Aben-Hamet aplicó la mano á su pecho, y sentándose en el suelo sin replicar palabra, fijó sus miradas en Blanca y Lautrec, que admiraba con la curiosidad propia de su país el fastuoso traje, las brillantes armas y el apuesto talante del moro. Blanca no parecia turbada: toda su alma brillaba en sus ojos, pues la severa española no procuraba ya ocultar el secreto de su corazón. Despues de algunos momentos de silencio,

Aben-Hamet se levantó, inclinóse delante de la hija de don Rodrigo y se retiró. Admirado del ademán del moro y de las miradas de Blanca, Lautrec salió de la sala abrigando sospechas que no tardaron en trocarse en realidad.

Quedaron solos don Carlos y su hermana. «Blanca, dijo aquel á esta, es forzoso que te expliques. ¿De qué procede la mal reprimida turbación que te ha causado la presencia de ese extranjero?»

—Procede, hermano mio, respondió Blanca, del amor que profeso á Aben-Hamet, á quien, si resuelve hacerse cristiano, haré dueño de mi mano.

—¿Cómo! exclamó colérico don Carlos; ¿amas á Aben-Hamet? ¿La hija de los Vivar ama á un moro, á un infiel, á un enemigo expulsado por nosotros de estos palacios?

—Don Carlos, repuso Blanca sin alterarse; amo á Aben-Hamet, y él me ama; tres años há que prefiero renunciar mi mano á abjurar la religión de sus padres. La nobleza, el honor y los sentimientos caballerescos tienen su natural asiento en su alma: hé aquí por qué le adoraré hasta la muerte.

Don Carlos era digno de apreciar toda la generosidad de Aben-Hamet, aunque deploraba su ceguedad. «¡Desventurada Blanca! exclamó; ¿á dónde te llevará tu ciega pasión? Yo me habia prometido que mi amigo Lautrec sería mi hermano.

—Grande fue tu error, dijo Blanca, pues no puedo amar á ese extranjero. Por lo que respecta á mis sentimientos hácia Aben-Hamet, á nadie debo explicaciones. Guarda en buen hora tus juramentos como caballero, que yo guardaré los míos como amante. Sabe empero para tu consuelo, que nunca será Blanca la esposa de un infiel.

—¡Nuestra familia habrá de desaparecer de la tierra! exclamó don Carlos con el acento del dolor.

—A tí incumbe prolongarla. ¿Qué te importa por otra parte, unos descendientes que no has de ver, y que despreciarían tu virtud? Conozco, don Carlos, que somos los últimos de nuestra raza, pues salimos demasiado del órden vulgar para que nuestra sangre florezca despues de nosotros: el Cid fue nuestro abuelo y será nuestra posteridad. Y Blanca salió.

Don Carlos voló en busca del Abencerrage y le dijo: «¡Moro! renuncia á mi hermana, ó acepta el combate.»

—¿Estás encargado por tu hermana, dijo Aben-Hamet, de anular los juramentos que me ha hecho?

—¡No! replicó don Carlos; te ama cual nunca.

—¡Ah! digno hermano de Blanca, exclamó Aben-Hamet interrumpiéndole, ¡debo recibir de tu sangre todo mi honor! ¡Oh feliz Aben-Hamet! ¡Oh radiante día! Yo creí que Blanca me habia sido infiel por el caballero francés...

—Esa es precisamente tu desventura, gritó á su vez don Carlos, fuera de sí. Dame cuenta de las lágrimas que por tu causa derrama mi familia.

—Acepto de buen grado lo que me propones, respondió Aben-Hamet; pero aunque nacido de una raza que acaso ha peleado con la tuya, no soy caballero. A nadie veo aquí que me confiera la órden que te permitiré medirme conmigo sin manchar tu sangre.

Admirado don Carlos de la oportuna reflexión del moro, miróle con una mezcla de admiración y de furor, y al fin exclamó súbitamente: Yo te armaré caballero, pues eres digno de este honor.»

Aben-Hamet hincó la rodilla delante de don Carlos, que le dió el espaldarazo aplicándole tres golpes de plano con la hoja de su espada, y luego le ciñó la misma que tal vez iba á romper su corazón: ¡tal era el antiguo honor!

Lanzándose ambos sobre sus corceles, salieron de los muros de Granada y volaron á la fuente del Pino; lugar célebre muy de antiguo por los duelos de moros y cristianos, donde Malique Alabés habia peleado

con Ponce de León, y el gran-maestre de Calatrava habia dado muerte al animoso Abayados. Véanse aun los restos de las armas de este caballero moro colgadas de las ramas de un pino, y en la corteza del árbol se leían algunos caracteres de un epitafio. Don Carlos mostró con la mano la tumba de Abayados al Abencerrage, y le dijo: «¡Imita á ese valiente infiel, y recíbeme de mi mano el bautismo y la muerte.»

—La muerte tal vez, respondió Aben-Hamet; pero ¡vivan Alá y el Profeta!»

Esto dicho, tomaron campo y se precipitaron con furia uno contra otro, sin mas armas que sus espadas. Aben-Hamet era menor: práctico en los combates que don Carlos; pero la excelencia de sus armas, forjadas en Damasco y la velocidad de su caballo árabe le daban ventajas sobre su enemigo. Lanzó su corcel á la manera de los moros, y cortó la pata derecha del caballo de don Carlos mas abajo de la articulación, con su ancho estribo tajante. El herido caballo dió consigo en tierra, y don Carlos desmontado por aquel golpe feliz, se dirigió con la espada en alto á Aben-Hamet, que apeándose al punto, recibió con intrepidez á su contendiente, y deteniendo los primeros golpes del español, este vió saltar su espada al choque del acero damasquino. Dos veces engañado por la fortuna, don Carlos lloró de ira y gritó á su enemigo: «¡Hiere, moro, hiere! don Carlos te desafía inermemente, y desafía á toda tu raza infiel.»

—Tu eras dueño de matarme, repuso el Abencerrage, pero yo no he pensado en hacerte la mas leve herida, porque solo he querido probarte que soy digno de ser tu hermano, y capaz de impedir que me desprecies.

En aquel instante descubrieron una nube de polvo: Lautrec y Blanca, montando dos yeguas de Fez, mas rápidas que el viento, llegaron á la fuente del Pino y vieron el suspendido combate.

—¡Estoy vencido! les dijo don Carlos; este caballero me ha dado la vida. Tú, Lautrec, serás mas feliz que yo.

—Mis heridas, dijo Lautrec con voz noble y reposada, me permiten negarme á combatir con este cortés caballero. No quiero, continuó ruborizándose, saber la causa de vuestra discordia, ni penetrar un secreto que acaso me daría la muerte. Pronto hará renacer mi ausencia la paz entre vosotros, á no ser que Blanca me mande permanecer á sus pies.

—Caballero, dijo Blanca, permaneceréis al lado de mi hermano y me mirareis como hermana vuestra. Todos los corazones que aquí están experimentan amarguras, y aprenderéis á sobrellevar los males inseparables de la vida.

Blanca quiso obligar á los tres caballeros á darse la mano, pero todos se negaron: «¡Aborrezco á Aben-Hamet! exclamó don Carlos. «¡Yo le envidio! dijo Lautrec. «Y yo, repuso el moro, estimo á don Carlos y compadezco á Lautrec, pero no puede amarlos.»

—Veámonos siempre, añadió Blanca, y tarde ó temprano la amistad seguirá á la admiración. ¡Ignore eternamente Granada al funesto suceso que aquí nos reúne!

Desde aquel momento, la hija del duque de Santa-Fe sintió una pasión mas viva hácia Aben-Hamet, pues el amor ama el valor, y nada faltaba ya al Abencerrage, puesto que además de ser valiente, don Carlos le debía la vida. Aben-Hamet se abstuvo, por consejo de su amada, de presentarse en palacio durante algunos días á fin de dar tiempo á que se calmase la cólera de don Carlos. Una mezcla confusa de ternos y amargos sentimientos combatía el alma del Abencerrage; porque si por un lado, la seguridad de ser amado con tanta fidelidad y vehemencia era para él un manantial inagotable de delicias, por otro, la certidumbre de que nunca sería dichoso sin abjurar la religión de sus padres, abrumaba su corazón. Mu-



chos años habian transcurrido ya sin hallar remedio alguno á sus males. ¿Se veria condenado á pasar del mismo modo el resto de sus dias?  
Sumido estaba en un abismo de las mas grandes y tiernas reflexiones, cuando habiendo oido una tarde el toque de esa oracion cristiana que anuncia el fin del dia, le ocurrió entrar en el templo del Dios de Blanca, y pedir consejos al Señor de la naturaleza.

Salió pues, y llegando á la puerta de una antigua mezquita, convertida en iglesia por los fieles, entró con el corazon poseido de tristeza y de religion en el templo que lo habia sido en otro tiempo de sus padres y de su patria. La oracion acababa de terminar y la iglesia estaba desierta. Una santa oscuridad reinaba á través de multitud de columnas, semejantes á los troncos de los árboles de un bosque metódicamente



ABEN HAMET DESCUBRE A GRANADA Y SE HACE NOMBRAR SUS EDIFICIOS.

plantados. La ligera arquitectura árabe mostrábase enlazada con la gótica, y sin perder nada de su elegancia, habia adquirido una gravedad mas adecuada á la meditacion. Algunas lámparas alumbraban débilmente las bóvedas, pero al resplandor de muchos cirios veíase brillar aun el altar del santuario, radiante de

oro y pedrería, pues los españoles cifran toda su gloria en despojarse de sus riquezas para adornar con ellas los objetos de su culto; así pues, la imagen del Dios Vivo, colocada entre velos de encaje, de coronas de perlas y de mazoreas de rubis, recibe la adoracion de un pueblo medio desnudo.

Ningun asiento se veia en el vasto recinto: un pavimento de mármol que cubria muchas sepulturas, servia así á los grandes como á los pequeños, para arrodillarse delante del Señor. Aben-Hamet avanzaba con lento paso por las naves desiertas, que resonaban al único rumor de sus pasos, con el espíritu dividido entre los recuerdos que aquel antiguo edificio de la religion de los moros traía á su mente, y los senti-

mientos que la religion cristiana hacia nacer en su corazon. Entregado al choque de tan opuestos afectos, entrevió al pié de una columna una figura inmóvil, que desde luego tomó por la estatua de un sepulcro; acercóse á ella, y vió á un jóven caballero de rodillas, con la frente respetuosamente inclinada y ambos brazos cruzados sobre el pecho. El caballero no hizo el menor movimiento al ruido de los pasos de Aben-



ABEN-HAMET Y BLANCA VISITAN LA ALHAMBRA.

Hamet, ni la mas leve distraccion, ni señal alguna exterior de vida turbaron su profunda oracion. Su espalda estaba tendida en tierra delante de él, y su sombrero cargado de plumas, descansaba sobre el mármol á su lado: parecia hallarse en aquella actitud por el efecto de un encanto. Era Lautrec: «Ah! se dijo á sí mismo el Abencerraje; este jóven y bizarro francés

pide al cielo algun señalado favor; el guerrero célebre ya por su denuedo, abre aqui su corazon á los piés del Señor del cielo como el mas humilde y oscuro de los hombres. Oramos, pues, tambien al Dios de los caballeros y de la gloria.»

Aben-Hamet iba á precipitarse sobre el mármol, cuando descubrió á la luz de una lámpara algunos ca-



racteres árabes y un versículo del Alcorán sobre una lámpara medio rota. Los remordimientos se apoderaron de su corazón, y se apresuró á alejarse del lugar donde se creyera próximo á ser infiel á su religión y su patria.

El cementerio que rodeaba aquella antigua mezquita era una especie de jardín plantado de naranjos, cipreses y palmeras, y regado por dos fuentes en cuyo derredor se extendía un claustro. Aben-Hamet vio al pasar por aquellos pórticos, una mujer que se disponía á entrar en la iglesia; y aunque se envolvía en un velo, reconoció á la hija del duque de Santa-Fe; detúvola y le dijo: «¿Vienes á este templo en busca de Lautrec?»

—Abandona tan vulgares zelos, respondió Blanca; si no te amase, te lo diría, porque sería indigno de mí el intento de engañarte. Vengo á orar por tí, pues tú solo eres el objeto de mis preces, y la causa de que olvide mi alma por la tuya. O no debiste embriagarme en el veneno de tu amor, ó debes prestarte á servir al Dios á quien yo sirvo. Tú trastornas toda mi familia: mi hermano te aborrece, y mi padre está abrumado de amargura porque me niego á recibir un esposo. ¿No echas de ver que mi salud se deteriora? Mira ese asilo de la muerte: ¡está encantado! Pronto descansaré en él, sino te apresuras á recibir mi fe en el altar de los cristianos, pues los ocultos combates que sufro minan lentamente mi vida, y la pasión que me inspira no sostendrá siempre mi flaca existencia; reflexiona, ¡oh moro! que para valerte de tu lenguaje, el fuego que sostiene la antorcha es también el fuego que la consume.

Esto dicho, Blanca entró en la iglesia, dejando á Aben-Hamet aterrado con sus últimas palabras.

La suerte estaba echada: el Abencerraje se sentía vencido y próximo á renunciar los errores de su culto, pues tanto tiempo había combatido, y el temor de ver morir á Blanca acallaba todos los demás sentimientos en su corazón. Después de todo, se decía, «¿será el verdadero Dios el que adoran los cristianos? Mas, sea lo que fuere, ese Dios es el de las almas nobles, puesto que es el de Blanca, don Carlos y Lautrec.»

Ocupado en estas ideas, esperaba con indiferencia el día siguiente para hacer conocer su resolución á Blanca, y trocar una existencia de tristeza y lágrimas por otra de alegría y felicidad. Llegó el día deseado, pero no habiendo podido pasar al palacio del duque de Santa-Fe hasta la tarde, supo que Blanca había ido con su hermano al Generalife, donde Lautrec daba una fiesta. Aben-Hamet, combatido de nuevas sospechas, voló en busca de Blanca, y Lautrec se sonrojó al verle; por lo que respecta á don Carlos, le recibió con una fría política que no excluía sin embargo, cierta estimación.

Lautrec había hecho servir las más exquisitas frutas de España y Africa, en una de las salas del Generalife, llamada *Sala de los Caballeros*, en cuyas paredes se veían los retratos de los príncipes y caballeros vencedores de los moros: Pelayo, el Cid y Gonzalo de Córdoba; la espada del último rey de Granada estaba colgada debajo de estos retratos. El moro disimuló su dolor, y se dijo interiormente como el león de la fábula, al mirar los retratos: «No somos nosotros los pintores.»

El generoso Lautrec, al ver que los ojos del Abencerraje se volvían á su pesar hácia la espada de Boabdil, le dijo: «Caballero, si hubiese previsto que me dispensarais el honor de concurrir á esta fiesta, no os hubiera recibido en esta sala. Todos los días se pierde una espada, y yo he visto al más valiente de los reyes entregar la suya á su afortunado enemigo.»

—¡Ah! exclamó el moro, cubriéndose el rostro con su alquicel; bien puede perderse una espada, como Francisco I; ¡pero perderla como Boabdil...!

Llegó la noche y habiéndose encendido antorchas,

la conversación mudó de giro. Todos pidieron á don Carlos que narrase el descubrimiento de Méjico, y él habló de este mundo desconocido con esa pomposa elocuencia propia de la nación española; refirió las desgracias de Motezuma, las costumbres de los americanos, los prodigios del esfuerzo castellano, y también las crueldades de sus compatriotas, que al parecer no le merecían ni vituperio ni elogio. Estas relaciones encantaban á Aben-Hamet, cuya pasión á las historias maravillosas revelaba claramente su sangre árabe. Él trazó á su vez el cuadro del Imperio Otomano, recientemente fundado sobre las ruinas de Constantinopla, no sin consagrar algunos tristes recuerdos al primer imperio de Mahoma: tiempo venturoso, en que el jefe de los creyentes veía brillar en su derredor á Zobeida, á Flor de Hermosura, á Fuerza de los Corazones, á Tormento y al generoso Ganem, esclavo por amor. Lautrec por su parte, pintó la corte galante de Francisco I; las artes renaciendo en el seno de la barbarie; el honor, la lealtad y la caballería de los antiguos tiempos, unidos á la cultura de los siglos civilizados; las torrecillas góticas adornadas con los órdenes de la Grecia, y las damas galas realizando la riqueza de sus atavíos con la elegancia ateniense.

Terminados tan sabrosos coloquios, Lautrec, que deseaba obsequiar la divinidad de aquella fiesta, tomó una guitarra y cantó unas sentidas estancias compuestas por él sobre un aire de las montañas de su país, y en las cuales expresaba los tiernos recuerdos que en su alma despertaba la perdida patria.

Al terminar la última estrofa, enjugó con su guante una lágrima que le arrancara la hermosa imagen de Francia. La amargura del bizarro prisionero se reflejó con viveza en el alma de Aben-Hamet, que lloraba como él la ausencia de su patria. Instado á su vez á que tomase la guitarra, se escusó diciendo que solo sabía un romance desagradable á los cristianos.

—Si los infieles se lamentan en ese romance de nuestras victorias, replicó con desden don Carlos, podeis cantar, pues las lágrimas son permitidas á los vencidos. (1)

—Si, dijo Blanca, con la mayor delicadeza; por eso nuestros padres, sometidos en otro tiempo al yugo de los moros, nos han legado tantas quejas.

Aben-Hamet cantó al fin una balada que había aprendido de un poeta de la tribu de los Abencerrajes, y en la que se suponía un diálogo entre Granada y el rey don Juan.

La sencillez de las quejas que expresaban los versos había conmovido hasta al orgulloso don Carlos, á pesar de las imprecaciones lanzadas contra los cristianos. Mucho deseaba que no se le instase á cantar; pero creyó que la cortesía le obligaba á ceder á los ruegos de Lautrec. Aben-Hamet entregó, pues, la guitarra al hermano de Blanca, que celebró las proezas del Cid, su ilustre antepasado.

Don Carlos habíase mostrado tan altivo, y era tan varonil y robusto el acento de su canto, que se hubiera podido tomarle por el mismo Cid. Lautrec participaba del entusiasmo guerrero de su amigo, pero el Abencerraje palideció al nombre del héroe castellano.

—Ese caballero, dijo, que los cristianos apellidan la *Flor de las batallas*, lleva entre nosotros el renombre de *cruel*. ¡Si su generosidad hubiese rivalizado con su valor!...

—Su generosidad, repitió impaciente don Carlos, interrumpiendo al moro, excedía su valor; y solo los

(1) En esta falta de atención y rudeza de carácter, que el autor atribuye á don Carlos en este pasaje y otros varios de esta novela, se echa bien de ver que el autor, aun cuando se propuso enaltecerlo, no comprendió el verdadero carácter español, notable en todas épocas por su nobleza y generosidad. N. del T.

musulmanes pueden calumniar al esforzado adalid á quien mi familia debe la vida.

—¿Qué dices? exclamó Aben-Hamet, levantándose a la vez del asiento en que estaba medio acostado, ¿cuentas al Cid entre tus progenitores?

—Su noble sangre circula por mis venas, replicó don Carlos; la reconozco en el odio que arde en mi corazón contra los enemigos de mi Dios.

—¡Así pues, dijo Aben-Hamet, mirando á Blanca, eres de la sangre de los Vivar, que después de la conquista de Granada invadieron los hogares de los desgraciados Abencerrajes, y dieron la muerte á un anciano caballero de este nombre, que quiso defender el sepulcro de sus abuelos!

—¡Moro! gritó don Carlos lleno de despecho; sabe que no me dejo interrogar. Si poseo hoy los despojos de los Abencerrajes, mis antepasados los han conquistado á precio de su sangre, y solo los deben á su espada.

—¡Una palabra más! dijo Aben-Hamet, con creciente emoción: he ignorado en mi destierro que los Vivar se adornasen con el título *Santa-Fe*; y hé aquí la causa de mi error.

—Ese título, repuso don Carlos, fue conferido á ese mismo Vivar, vencedor de los Abencerrajes, por Fernando el Católico.

La cabeza del apasionado doncel se inclinó sobre su pecho, y permaneció inmóvil en pie en medio de don Carlos, de Lautrec y de Blanca, estupefactos. Dos torrentes de lágrimas brotaron súbitamente de sus ojos sobre el puñal que brillaba en su cintura. «Perdonadme, dijo después de algunos momentos de silencio: bien sé que el llanto es indigno de los hombres; de hoy más nadie será testigo de mis lágrimas, aunque mi destino sea derramar muchas; escuchadme: «¿Blanca! el amor que te profeso compite con el ardor de los vientos abrasadores de la Arabia. Yo estaba vencido, pues no me era posible vivir sin tí. Ayer, la vista de este caballero francés en eración y tus palabras en el cementerio del templo, me habían hecho tomar la resolución de conocer á tu Dios y ofrecerte mi fe.»

Un movimiento de alegría en Blanca y otro de sorpresa en don Carlos, interrumpieron á Aben-Hamet. Lautrec ocultó el rostro en sus manos; pero el moro, que leyó su pensamiento, le dijo con desgarradora sonrisa: «¡Caballero! no perdais la esperanza; y tú, Blanca, ¡llora eternamente sobre el último Abencerraje!»

Blanca, don Carlos y Lautrec levantaron á la vez sus manos al cielo, exclamando: «¡El último Abencerraje!»

Un profundo silencio sucedió á estas palabras: el temor, la esperanza, el odio, el amor, la admiración y los zelos agitaban todos los corazones. Blanca cayó de rodillas, y exclamó: «¡Dios de bondad! tú justificas mi elección: yo no podía amar sino á un descendiente de héroes.»

—Hermana mía, dijo irritado don Carlos; ¡no olvides que estás en presencia de mi amigo Lautrec!

—Don Carlos, repuso Aben-Hamet, modera tu enojo; mi deber es restituirlos la paz que involuntariamente os he robado. Y dirigiéndose á Blanca, que había vuelto á sentarse, le dijo:

—¡Huri celestial, genio del amor y de la hermosura! Aben-Hamet será tu esclavo hasta exhalar su postrer suspiro! pues bien: conoce ya toda la extensión de mi infortunio. El anciano inmolado por tu abuelo al defender sus hogares, era el padre de mi padre: añade á este secreto otro que te había ocultado, ó por mejor decir, que tú me habías hecho olvidar. Cuando vine la primera vez á visitar esta triste patria, era mi principal objeto buscar algún descendiente de los Vivar, que pudiese responderme de la sangre injustamente derramada por sus padres.

—¡Y bien! preguntó Blanca con el acento de dolor, pero sostenida por el esfuerzo de un alma elevada: ¿cuál es ahora tu resolución?

—La única digna de tí, respondió Aben-Hamet: dar por nulos tus juramentos, satisfacer, mediante mi eterna ausencia y mi muerte, á lo que uno y otro debemos á la enemistad de nuestros dioses, á la de nuestra respectiva patria y á la de nuestras familias. Si mi imagen se borra algún día de tu corazón; si el tiempo, que destruye todo, arrancase á tu memoria mi recuerdo... este caballero francés... Debes á tu hermano este sacrificio.»

Lautrec se levantó con impetuosidad, y arrojándose en brazos del moro, le dijo: «¡Aben-Hamet! no esperes vencerme en generosidad; soy francés, Bayardo me armó caballero, he vertido mi sangre en defensa de mi rey, y seré como mi príncipe y mi padrino, sin tacha y sin reproche. Si permaneces entre nosotros, suplico desde ahora á don Carlos te conceda la mano de su hermana; y si abandonas á Granada, nunca importunaré á tu amante con palabras de amor. No llevarás á tu destierro la funesta idea de que Lautrec, insensible á tu virtud, aspira á utilizar tu desgracia.»

Y el francés estrechaba al moro sobre su pecho, con el calor y la viveza del carácter de su nación.

—¡Caballero! dijo á su vez don Carlos, no esperaba menos de vuestras ilustres razas. Aben-Hamet, ¿en qué señal podré reconocerlos por el último Abencerraje?

—¡En mi conducta! replicó Aben-Hamet.

—La admiro y respeto, dijo el español; pero antes de explicarme mostradme alguna señal de vuestro nacimiento.

Y Aben-Hamet sacó de su pecho el anillo hereditario de los Abencerrajes, que llevaba pendiente de una cadena de oro.

Don Carlos alargó entonces la mano al desventurado, diciéndole: «¡Señor! os tengo por un noble y verdadero hijo de reyes. Mucho me honran vuestros proyectos sobre mi familia, y acepto desde luego el combate que en secreto habíais venido á buscar. Si quedo vencido, todos mis bienes, que en otro tiempo fueron vuestros, os serán fielmente devueltos; mas si renunciáis al propósito de combatir, aceptad á vuestra vez lo que os ofrezco: sed cristiano y recibid la mano de mi hermana, que Lautrec me ha pedido para vos.»

La tentación era terrible, mas no superior á las fuerzas de Aben-Hamet. Si el amor hablaba con toda su fuerza á su corazón, miraba por otra parte con espanto la idea de mezclar la sangre de los perseguidores con la de los perseguidos. Creía ver salir del sepulcro la sombra de sus abuelos para maldecir esta sacrilega alianza. Traspasado de dolor, exclamó al fin: «¡Ah! un cruel destino quiso presentarme aquí tantas almas sublimes, tantos caracteres generosos, para hacerme sentir más lo que pierdo! ¡Decida Blanca, y diga lo que debo hacer para mostrarme más digno de su amor!»

Blanca exclamó: «¡Vuelve al desierto!» y cayó desmayada.

Aben-Hamet puesto de hinojos, adoró algunos instantes á Blanca con más fervor que al cielo, y salió sin articular palabra. Aquella misma noche se encaminó á Málaga, donde se embarcó en un bajel que debía tocar en Orán, en cuyas inmediaciones halló acampada la caravana que saliendo anualmente de Marruecos, atraviesa el Africa, pasa á Egipto y se reúne en el Yémen á la de la Meca. Aben-Hamet se confundió entre los peregrinos.

Blanca, cuya existencia había corrido graves peligros, recobró la vida. Lautrec, fiel á la palabra que había empeñado al Abencerraje, se alejó para nunca turbar con una sola palabra de amor ó de dolor, la